

# Keynesianismo y anti-keynesianismo

**Fernando Tenjo Galarza**

Director de Posgrado de Economía  
Facultad de Ciencias Económicas  
Universidad Nacional

## 1. INTRODUCCION

La tendencia a la transformación del Estado y al replanteamiento de su papel en la sociedad capitalista ha tenido en las discusiones sobre el déficit fiscal un fértil terreno de concretización. La llamada "crisis fiscal del Estado" se constituyó en la primera denuncia de una situación extraña y ajena a la naturaleza misma del sistema de mercado y libre competencia: el gigantismo del aparato estatal, el entorpecimiento de la acción de la iniciativa privada por parte de la intervención del Estado.

Reformas fiscales que preceden reformas administrativas y políticas, ajustes fiscales que anuncian re-estructuraciones productivas y sociales, son todos procesos diarios que comienzan a mostrarse casi espontáneos y naturales.

Sin desconocer que el desarrollo de los hechos aquí enumerados ha implicado una permanente reformulación de políticas de carácter económico, y que esta reformulación ha ido acompañada de un debate teórico que, aunque superficial, ha alcanzado niveles de importante amplitud, lo que aquí interesa está en un plano diferente. Es bien conocido que, desde el punto de vista de las doctrinas económicas, el movimiento privatizador y reformador del Estado sostiene una posición anti-keynesiana alimentada con ideas de varias escuelas, todas ellas, sin embargo, de orientación neo-clásica. Pues bien, es a este debate keynesianismo-antikeynesianismo hacia donde se orienta el presente capítulo. La discusión acerca de modelos y medidas de política económica no hará parte del contenido del capítulo y será desarrollada en uno posterior.

Es claro entonces que, para lo que aquí interesa, el énfasis debe hacerse no sobre el déficit como un problema de política fiscal, sino sobre la orientación y las formas de la política económica general que enmarcan las discusiones acerca del déficit fiscal. Desde esta

perspectiva, los acontecimientos más relevantes se relacionan con lo que se conoce como la "era de Keynes". Con este término se denomina el período comprendido entre 1945 y 1971, caracterizado por altos niveles de empleo y actividad económica, logrados con base en el manejo de la demanda agregada por parte del Estado, manejo a su vez centrado en un déficit fiscal recurrente. Hacen parte también de este período, referencias a una creciente intervención del Estado en la economía, manifestada en un sector público agigantado que terminó desplazando la actividad privada del proceso de asignación de recursos por parte del mercado. El fin de esta era estuvo marcado por varios acontecimientos tales como el derrumbe del patrón dólar y del sistema de tasas de cambio fijas, pero principalmente por la ocurrencia simultánea de inflación y desempleo, fenómeno que, supuestamente, contradice la teoría keynesiana. La crisis capitalista que se patentizó desde entonces vino a abrir un espacio para que las ideas monetaristas hicieran su aparición, primero de manera irregular y poco convincente y luego con base en una plataforma política e ideológica de mucha mayor contundencia.

De acuerdo con esto, lo que se busca en el presente capítulo es hacer una explicación sencilla de las ideas de Keynes, tanto respecto a los objetivos y formas de la política económica, como al papel que el autor proponía para el Estado en la sociedad capitalista que él mismo visualizaba. Se espera con esto ubicar mejor el debate actual y mostrar que aunque sus circunstancias son particularmente novedosas, sus argumentos y discursos han constituido materia recurrente durante el presente siglo. Es de esperar, y así se tratará de hacer, que una mejor comprensión de las ideas de Keynes permita ubicar más adecuadamente la posición de sus críticos actuales. Se quiere, finalmente, concluir mostrando cómo la crisis del capitalismo refleja también, entre otras cosas, una crisis de la teoría económica en sus diferentes corrientes, fundadas todas en la carencia de elementos explicativos de las crisis en el proceso de acumulación.

## 2. KEYNESIANISMO: EVOLUCION Y PRINCIPIOS

### 2.1 *Teoría y Política en Keynes.*

En pocas palabras, puede decirse que el eje del pensamiento keynesiano es la idea de que el capitalismo, dejado a su libre funcionamiento, no tiene como uno de sus resultados necesarios el asegurar el pleno empleo de la fuerza de trabajo. Complementario a este principio de diagnóstico, el corolario que define el fundamento de la política económica keynesiana es el siguiente: la expansión del sistema capitalista no puede tener lugar sin el estímulo a la demanda a través de incrementos en el gasto monetario en bienes y servicios (1).

Tanto el problema “desempleo involuntario” como su solución dependen entonces de la comprensión de lo que Keynes denominó el *principio de la demanda efectiva* que, en palabras de Minsky, hace depender los niveles de empleo y actividad económica del tipo y volumen de demanda que es posible financiar (2). La explicación de la existencia de desempleo involuntario con base en este principio puede ser como sigue: “Una parte del producto nacional de pleno empleo será consumida por los trabajadores y una parte por los capitalistas; pero quedará aún una parte que no es consumida, que corresponde a los ahorros sobre las utilidades... Ahora, el pleno empleo se mantendrá siempre que la inversión sea lo suficientemente alta para absorber este superávit. Sin embargo, si la inversión es menor que los ahorros de los capitalistas, parte del producto quedará sin vender y así se producirá una acumulación de existencias de mercancías. En semejante situación, es obvio que se reducirá la producción de las empresas hasta un nivel del ingreso nacional tal que para éste el ahorro sea igual a la inversión efectiva (financiada)” (3). Ahora bien, dada la naturaleza de los elementos que subyacen en la determinación de la demanda agregada, a saber, la propensión a consumir, la eficiencia marginal del capital y la preferencia por la liquidez —naturaleza que Keynes estudia en detalle—, no hay un mecanismo automático que asegure que la relación ahorro-inversión vigente corresponda a una situación de pleno empleo.

De todas las variables que hacen parte de la demanda agregada, Keynes destaca la inversión, que viene así a constituirse en el último y principal determinante del nivel de empleo en una sociedad capitalista (4). La inversión, a su vez, depende de decisiones y elementos de carácter especulativo tales como las expectativas de beneficio, las condiciones de financiación, etc.

Con base en la anterior interpretación del principio de demanda efectiva y de las causas del desempleo en el capitalismo, puede ahora delinearse los fundamentos de la política económica keynesiana enunciada anteriormente. Pueden al respecto, sin embargo, darse dos versiones, una, sencilla y práctica, y otra, enmarcada dentro del contexto político y filosófico del pensamiento de Keynes. La primera versión, aquella con que tradicionalmente se reconoce al autor en cuestión, coloca como principal objetivo de política económica la búsqueda del pleno empleo por medio del estímulo al gasto monetario en bienes y servicios. Esto, a su vez, se logra con el incentivo de la inversión privada a través de, por ejemplo, expansión del gasto público, incremento de las exportaciones, medidas fiscales que incrementen el consumo privado y la inversión, medidas monetarias que estimulen la inversión, etc. No siendo suficiente el estímulo a la actividad empresarial para el logro del objetivo mencionado, se

requiere, además, la intervención directa del Estado en el proceso de acumulación a través de la inversión pública.

De mucha mayor importancia para los objetivos del capítulo es la versión más general de los objetivos y formas que da Keynes a la política económica, versión en la que puede verse con claridad su posición respecto al capitalismo como sistema y al papel del Estado en el mismo.

Difícil como es ubicar a Keynes desde el punto de vista político e ideológico, dados sus continuos cambios y vaivenes de opinión, se puede, sin embargo afirmar que, en general, el autor se mantuvo inconforme con el capitalismo pero fiel a él y confiado en que puede ser la mejor forma de organizar la sociedad. La inconformidad es patética en un ensayo sobre la "Autosuficiencia Nacional", publicado en 1933; decía allí Keynes que "El capitalismo individualista internacional decadente en que nos encontramos desde la guerra no es un éxito. No es inteligente, no es bonito, no es justo, no es virtuoso... En pocas palabras, no nos gusta y comenzamos a despreciarlo". Por su parte, la fidelidad y confianza de Keynes en el capitalismo lo llevó a proponer campos y formas específicas de intervención conducentes a un mejoramiento del mismo. Estos campos son tres: la eficiencia económica, la justicia social y la libertad individual. El logro de estos objetivos implica la definición de acciones en lo que hace a socialización de la inversión y promoción del pleno empleo, redistribución del ingreso, estímulo al mecanismo de mercado. Todo esto implica, como Keynes mismo lo anotó, una mayor dimensión de las funciones del Estado en la economía.

Es necesario ahora desarrollar el párrafo anterior, ilustrándolo con citas textuales de los escritos del autor. Respecto a la eficiencia económica, Keynes acepta que el mecanismo de mercado conduce a una asignación adecuada de los recursos. El problema está, sin embargo, en el nivel de empleo resultante, que no corresponde con el pleno uso de los mismos: "No veo razón alguna para suponer que el sistema existente emplea inadecuadamente los factores de producción que están en uso ... Es en la determinación del volumen de empleo, y no en la de la dirección del mismo, que el sistema ha fallado" (*Teoría General*, p. 379). Con esto en mente, lo que Keynes propone como instrumento para llevar la economía al pleno empleo es el *control social de la inversión* o, más precisamente, la socialización de la inversión como "la única forma de asegurar una aproximación al pleno empleo" (*TG*, p. 378). Esta propuesta no debe dar la idea de que Keynes defendía el derrumbamiento de las relaciones sociales capitalistas. Lejos de esto, el autor anota que esta socialización de la inversión debe hacerse en el marco de un compromiso por el cual la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Más aún,

Keynes deja claro cuáles son los límites de su propuesta: "Más allá de esto no hay lugar para un sistema de Socialismo de Estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los instrumentos de producción lo que es importante que el Estado asuma. Si está en condiciones de determinar el monto agregado de los recursos dedicados a aumentar los instrumentos y la remuneración básica de quienes los poseen, cumplirá con todo lo que es necesario". (TG, p. 378)

Las últimas líneas de la cita anterior permiten introducir el segundo gran campo de acción que asigna Keynes a la política económica: la distribución del ingreso. En efecto, junto con el desempleo involuntario, la generación de una distribución inequitativa de la riqueza y el ingreso constituye el gran defecto del capitalismo. Si bien es cierto que, según el autor, ciertas desigualdades en el nivel de ingreso son favorables para el funcionamiento del sistema, cuando éstas son "socialmente opresivas" no sólo deben ser corregidas por sí misma, sino también por cuanto colaboran con la generación de desempleo debido a los patrones de consumo que alimentan. Aunque es de esperar que el proceso de acumulación conduzca por sí solo a una mejor distribución del ingreso, vía eliminación de las rentas de propiedad, es necesario hacer uso de la tributación directa para buscar una mayor igualdad social.

Finalmente, en lo que hace a la libertad individual, principio fundamental de sociedad, Keynes defiende el sistema de mercado descentralizado que "purificado de sus defectos y abusos, (constituye) la mejor salvaguarda de la libertad personal en el sentido que, comparado con cualquier otro sistema, amplía considerablemente el campo de acción para el ejercicio de la selección personal" (TG, p. 380). La defensa del mercado y la iniciativa privada por parte de Keynes llegó al punto de mostrarse "moral y filosóficamente de acuerdo" con la generalidad de las ideas expresadas por Hayek en su libro *Camino de Servidumbre*, que constituye un enconado y decidido ataque a la planeación y a cualquier otra forma de intervención en el funcionamiento del mercado.

## 2.2 *La Era de Keynes.*

Como pudo verse en la sección anterior, el pensamiento de Keynes era demasiado amplio para ser reducido a la sencilla receta de manejo de la demanda agregada. Sin embargo, es necesario tratar de ver cómo aquel "sistema híbrido" (5) propuesto por él — control centralizado del nivel de actividad económica en manos del gobierno y preservación de la esencia del capitalismo encerrada en la soberanía del consumidor, la libertad para invertir y la libertad para

escoger ocupación— devino algo distinto a la concepción inicial. Porque tanto a nivel de teoría como de política, la difusión y aplicación de las ideas de Keynes tomaron un rumbo muy particular.

### 2.2.1 La Síntesis Neo-clásica

En términos de teoría económica, mientras que Keynes defendía sus ideas frente a las críticas de sus contemporáneos, apareció en 1937 una interpretación global y esquemática de las nuevas ideas. Esta interpretación, hecha y presentada por Hicks, sirvió de base para lo que vino a convertirse en la ortodoxia keynesiana, junto con los trabajos de otros economistas tales como Pigou, Hansen, Samuelson, Patinkin, etc. Aunque la diferenciación precisa de las ideas de estos autores de las de Keynes trasciende el objeto del presente capítulo, es necesario sí hacer algunas apreciaciones al respecto, básicamente porque fué el trabajo de Hicks y sus seguidores, más que las ideas del propio Keynes, lo que sirvió de base para el análisis económico y la formulación de política en los últimos treinta años.

En pocas palabras, los seguidores de Keynes arriba mencionados tomaron algunos elementos de este autor y les dieron un tratamiento que puede enmarcarse dentro de un contexto neo-clásico. De aquí que se haga referencia a la Síntesis Neo-clásica por contraste a la teoría de Keynes. Desde el punto de vista de esta última teoría, los puntos centrales que no fueron incorporados en la Síntesis son los que siguen.

En primer lugar, Keynes propuso la suya como una *teoría monetaria de la producción*, o sea, como una teoría aplicable a un mundo en el que "opiniones cambiantes respecto al futuro... afectan la cantidad de empleo (del presente)". Con esto el autor intentó superar la falsa dicotomía entre lo real y lo monetario y, relacionando la existencia del dinero y demás instituciones monetarias con la toma de decisiones en condiciones de incertidumbre, creó un cuerpo teórico incompatible con los modelos de equilibrio general. El mundo de la *Teoría General* corresponde a un ambiente empresarial-especulativo más que a uno de trueque y perfecta certidumbre (6).

En segundo lugar, Keynes separó la determinación de los niveles de empleo y actividad económica de la determinación de los precios. Mientras la primera seguía los lineamientos del principio de la demanda efectiva ya mencionado, la segunda se basaba en los costos unitarios de producción, entre los que se destacan los salarios monetarios, el margen de beneficios y la productividad del trabajo. Esta separación es de suma importancia en el análisis de la relación entre tasas de desempleo y movimientos en los precios, al punto que

Keynes enfatizó que el manejo de la demanda agregada tiene unos efectos asimétricos: mientras que su estímulo puede conducir a un aumento de los precios, su disminución no necesariamente implica un descenso de éstos. De acuerdo con esto, Keynes propuso una política de ingresos como mecanismo de control de precios.

En tercer lugar, de la teoría keynesiana puede fácilmente inferirse que el capitalismo es inherentemente inestable aunque, sin embargo, dispone de ciertos factores que le dan estabilidad. Estos factores, que tienen directa influencia en la formación de expectativas de las unidades económicas, son los salarios nominales, los márgenes de beneficio y los aumentos en la productividad del trabajo. El funcionamiento de estos factores viene así a "explicar las características más sobresalientes de nuestra experiencia, a saber, que fluctuamos, evitando los más graves extremos en el empleo y los precios en ambas direcciones, alrededor de una posición intermedia apreciablemente por debajo del pleno empleo y apreciablemente por encima del mínimo nivel de empleo que pone en peligro la vida" (TG, p. 254).

Frente a estos tres pilares del pensamiento económico de Keynes, el marco teórico de la llamada Síntesis Neo-clásica se caracteriza por los cuatro principios siguientes (7):

Primero, la Síntesis Neo-clásica enfatiza la derivación del comportamiento macroeconómico del comportamiento racional de las unidades individuales, sin prestar suficiente consideración a la forma como las variables macroeconómicas afectan el comportamiento de los individuos. Esto determina en gran medida el tipo de actitud y orientación que sigue la política económica formulada con base en los modelos de la Síntesis Neo-clásica: énfasis en los ajustes en mercados particulares por encima de medidas de carácter agregado.

Segundo, dentro del marco de la Síntesis Neo-clásica, los precios no sólo muestran una variabilidad mucho mayor que en Keynes, sino que esta variabilidad hace parte fundamental de los procesos de ajuste del capitalismo. Mientras que para Keynes la estabilidad de los precios era fundamental para la estabilidad del sistema, para los seguidores de la Síntesis esta estabilidad, interpretada como rigidez, es una de las causas principales del desempleo y el desequilibrio en los distintos mercados.

Tercero, el tratamiento cuidadoso, detallado y novedoso del dinero desarrollado por Keynes, central en su demostración de las posibilidades reales del desempleo involuntario, en particular, y del funcionamiento del capitalismo, en general, no fué incorporado en la

Síntesis Neo-clásica. El resultado es entonces un paso atrás respecto a una "teoría monetaria de la producción" como la de Keynes, para dar pie de nuevo a la idea de que el dinero es neutral, esto es, que no afecta el nivel de actividad económica en el largo plazo.

Y, por último, los modelos orientados por la Síntesis Neo-clásica se mueven siempre dentro de la idea de que el sistema gira o evoluciona teniendo como faro una situación de equilibrio general de pleno empleo, situación que contrasta completamente con la idea de Keynes de desequilibrio permanente y desempleo involuntario.

Es claro, entonces, que entre las ideas de Keynes y las que lentamente vinieron a consolidarse como las ideas keynesianas hay y hubo importantes diferencias de carácter epistemológico y teórico, diferencias que con seguridad se reflejan en las formulaciones de política económica que ambos cuerpos presentan.

### 2.2.2 Keynes en la práctica.

Si bien las ideas de Keynes fueron transformadas por sus seguidores, es evidente que en términos de política económica estas transformaciones debieron haber tenido implicaciones de importancia.

Desde un punto de vista más inmediato, con la Síntesis Neo-clásica desapareció una diferencia importante para Keynes entre políticas contra la inflación y manejo de la demanda agregada para afectar el nivel de empleo. Mientras que para los keynesianos de orientación neo-clásica este manejo de la demanda agregada no sólo dirige el nivel de empleo sino también el de precios, aumentándolo cuando ella aumenta y disminuyéndolo cuando disminuye, Keynes, como ya se anotó en este capítulo, enfatizó el carácter asimétrico del manejo de la demanda agregada frente a los movimientos de precios y propuso, como medida contra la inflación, una política de control a los ingresos (salarios y beneficios). De acuerdo con esto, no sería estrictamente keynesiano el control de la inflación a través de medidas depresivas (restricción a la emisión de dinero y disminución del déficit fiscal), como sí lo serían, sin embargo, los incrementos de salarios por debajo de la tasa de inflación, por ejemplo.

Como se ve entonces, no puede haber consenso entre los keynesianos respecto a las bondades o problemas que implica el déficit fiscal, de tal manera que en su debate actual con el Monetarismo, debate que enfrenta a esta última escuela con la Síntesis Neo-clásica y que será analizado en otro capítulo, es necesario tener presentes las "desviaciones" que pueden existir a partir del pensamiento de Keynes.

De mucha mayor importancia que estas desviaciones son, sin embargo, las que tienen que ver con la concepción general de lo que debe ser el papel del Estado en la economía. Es probable que estas desviaciones se hayan derivado del contexto social y político de la postguerra, contexto que creó condiciones para un abierto compromiso del Estado con el proceso de acumulación, en aquello que se conoce como el "Estado Bienestar" (8). Este mayor compromiso implicó la búsqueda de altos niveles de empleo, la atención a la estabilidad de la economía, el apoyo a la reproducción de las condiciones generales de la acumulación y la socialización de la reproducción de la fuerza de trabajo. Se sentaron así las bases para la simbiosis entre lo "político" y lo "económico", en el contexto de un consenso entre sindicatos, partidos y gobiernos. Alrededor de este consenso se desarrolló de nuevo el optimismo respecto al futuro del sistema y la confianza en una superación definitiva de las crisis. Así lo manifestaban los "keynesianos" de la época en frases como la de Samuelson; "...de la misma manera que ya no aceptamos humildemente la enfermedad, tampoco es necesario que aceptemos el desempleo"; o la frase de Haberler, "...una repetición de la catástrofe de la Gran Depresión hoy es prácticamente imposible" (9). Este fue el contexto de la llamada *era de Keynes*.

El funcionamiento de la política económica durante el período era relativamente sencillo. En condiciones de desempleo creciente, el gobierno incrementaba su gasto y/o reducía impuestos. Cuando la economía se acercaba al pleno empleo y surgían presiones inflacionarias, el gobierno no restringía su política fiscal e incrementaba las tasas de interés, lo que frenaba la inflación. En el campo externo, déficits corrientes indicaban la sobrevaluación de la moneda, hecho que se buscaba eliminar con la disminución de la inflación interna, incrementos en productividad, recesión temporal y, eventualmente, devaluación. El período se caracterizó entonces por lo que Kalecki denominó "ciclos económicos de carácter político", o sea fluctuaciones en el nivel de actividad y empleo provocadas por la política económica de acuerdo con las condiciones sociales y políticas (10).

Al tiempo que estos ciclos se sucedían, la participación del Estado en la economía se incrementaba y la unión entre lo político y lo económico se hacía más estrecha. Varias razones explican esto. En primer lugar, el consenso que enmarcaba la era keynesiana incluía el logro de mayores niveles de vida para la población trabajadora, con base en servicios y seguridad sociales a cargo del Estado. Esta forma de intervención implicó tanto una mayor rigidez de los salarios nominales a la baja, como un funcionamiento menos "clásico" del mercado de trabajo.

En segundo lugar, el mantenimiento del pleno empleo requería también de la acción del Estado en la estabilización de los beneficios. Esto implicaba: (i) un déficit fiscal apropiado a la etapa del ciclo; (ii) el apoyo estatal a industrias y empresas en condiciones de inestabilidad y poca competitividad, a través de subsidios y nacionalizaciones; (iii) apertura por parte del Estado de nuevos frentes de acumulación de incierta rentabilidad privada inicial, tales como la producción de armamentos, la transformación de energía y la investigación y desarrollo de nuevas tecnologías; (iv) ejercicio por parte del Estado de su función de "prestamista de última instancia" para dar estabilidad y confianza al sistema financiero y a la inversión privada.

Finalmente, junto con los anteriores fenómenos de creciente participación del Estado en la economía, se fueron desarrollando otros espacios de ingerencias estatal cuyos lazos con las políticas de carácter keynesiano son ya más indirectos. Algunos ejemplos son: subsidios a productores agrícolas para sostener precios altos de sus productos, leyes anti-monopólicas, regulaciones y controles al deterioro del medio ambiente, garantía de estabilidad laboral para los trabajadores, determinación de políticas salariales con base en negociaciones a nivel nacional, programas masivos de ayuda a países en desarrollo, etc.

El resultado de todo esto es no solamente un notable crecimiento en el llamado sector público en términos cuantitativos y cualitativos, sino también la introducción de un importante *elemento político* en el sistema de precios y en la movilidad y asignación de factores. Se conformó una economía que descansaba en la relación altos beneficios-altas tasas de inversión para el funcionamiento, para la cual la acción estabilizadora del Estado era fundamental. Esta acción estabilizadora se realizaba, de acuerdo con Minsky, a través de los ya mencionados déficit fiscal y función de prestamista de última instancia que le permitían al Estado influir en un triple frente: como demandante de bienes y servicios, como generador de beneficios al capital y como proveedor de pasivos libres de riesgo de quiebra (11).

Como puede verse, la era de Keynes, que no es lo mismo que la teoría económica de Keynes, implicó un largo período de auge, tal vez artificialmente sostenido, que vino a culminar en una profunda crisis. El análisis de sus causas y características no hace parte de los objetivos del capítulo.

### 3. ANTI-KEYNESIANISMO

#### 3.1 *Corrientes y Principios Básicos.*

Las críticas a la aplicación de políticas de espíritu keynesiano vienen de varias corrientes, todas, sin embargo, con la característica común de estar enmarcadas dentro del contexto del equilibrio general. Teóricos monetaristas, de las expectativas racionales y ofertistas han lanzado sus ataques asumiendo una posición que ideológicamente puede considerarse como neo-liberal, defensora del libre juego de las fuerzas del mercado, de la iniciativa privada y de la no intervención del Estado en la economía.

De acuerdo con la filosofía que guía estas escuelas, "...el crecimiento económico y el pleno empleo son cosas malas en sí mismas si se consiguen a través del manejo económico del gobierno; conducen a la producción de bienes y servicios inapropiados, lo que no sólo es insostenible sino que lleva inevitablemente a un período subsecuente de baja producción y fuerte desempleo, período que será más penoso mientras más larga sea la política keynesiana de expansión que lo procedió" (12). Esta posición es, a su vez, desarrollo de los siguientes postulados de política económica:

- la expansión fiscal no tiene un efecto independiente sobre la producción y el empleo; su efecto sobre estas variables depende de que dicha expansión se convierta en dinero en circulación.
- el incremento de la cantidad de dinero en circulación sólo tiene un efecto temporal —e incierto— sobre la producción y el empleo, mientras que su efecto sobre los precios es permanente.
- La velocidad de circulación del dinero es estable o presenta cambios predecibles.

Estos postulados conducen a dos proposiciones centrales para la interpretación anti-keynesiana de los problemas económicos (13):

- la disponibilidad de dinero afecta el nivel general de precios en un sistema económico pero no la economía real (nivel de empleo, producción, distribución del ingreso, etc.). La inflación es, entonces, un problema exclusivamente monetario.
- la economía real es, o debe ser, determinada por las leyes de la libre competencia.

Hay entonces marcadas y profundas diferencias entre las ideas de Keynes y las de sus críticos, diferencias que tienen que ver, entre

otras cosas, con: la concepción general del capitalismo como sistema, el papel del dinero en la economía, el mecanismo de transmisión de cambios en la cantidad de dinero, el grado de estabilidad del sector privado, la importancia del nivel general de precios respecto a los precios de los productos individuales, el tipo y dirección de la política económica, el grado y forma de intervención del Estado, etc.

Desde esta plataforma, los anti-keynesianos critican de lleno la política económica keynesiana. El déficit fiscal es generador de un exceso de demanda que se manifiesta, a su vez, en inflación y déficit en la balanza de pagos. La "politización" del sistema de precios no permite que éste asigne eficientemente los recursos. La intervención del Estado entorpece el libre desarrollo de la iniciativa privada.

Sobresalen, dentro de este denso grupo de críticas, las posiciones de los más autorizados representantes de las distintas corrientes respecto a los problemas centrales de la llamada era keynesiana. Friedman, primera figura del monetarismo, considera que Keynes ha sido traicionado por la realidad en lo que hace a los factores que verdaderamente determinan el movimiento de la economía en el corto plazo. Al olvidar la inflación como principal problema de la postguerra y sustituirla por el desempleo, Keynes dió lugar a que se cometiera en su nombre el peor de los pecados: el pecado del envilecimiento del dinero que había sido denunciado por el mismo Keynes en 1923, como queda claro en la siguiente cita del libro *Reforma Monetaria de dicho año*: "No hay forma más sutil y segura de destruir las bases de la sociedad que envilecer la moneda. Este proceso involucra todas las fuerzas escondidas de las leyes económicas en el lado de la destrucción, y lo hace de una forma que ninguna persona puede diagnosticar" (14). En la medida en que el dinero es, para los monetaristas, "un mecanismo social para economizar en el uso de recursos en la generación de información" (15), el envilecimiento de la moneda viene a constituirse en el completo trastorno del funcionamiento de la economía de mercado.

Para Hayek, personaje central de la escuela austríaca, el problema fundamental de la era keynesiana no fue tanto un exceso en la aplicación de las recetas expansionistas que la caracterizaron, aunque afirma que al final de su vida, Keynes estaba seriamente alarmado por la difusión que se creaba entre sus asociados de la expansión crediticia. Más importante que esto, sin embargo, es el hecho de que, según Hayek, todo el análisis de Keynes se basa en un error crucial: el principio de la demanda efectiva (16). El nivel de empleo, lejos de estar positivamente correlacionado con la demanda agregada, depende de los precios relativos de los diferentes factores y clases de trabajo, del cambio técnico, etc.

Para los ofertistas, en boca de Mundell, tanto monetaristas como keynesianos padecen el defecto de considerar que es necesario orquestar una depresión para frenar la inflación. Al hacer énfasis en el lado de la demanda, ambas escuelas son incapaces de solucionar los problemas actuales del capitalismo. De acuerdo con los ofertistas, entonces, el desempleo no es un factor que ayude a frenar la inflación y, por el contrario, la recesión intensifica las presiones inflacionarias. El objetivo de una política adecuada debe ser el estímulo a la oferta a través de, principalmente, adecuadas medidas tributarias. Aunque parcialmente opuesta, en teoría, al monetarismo, el ofertismo se ha mostrado en la práctica como un aliado de esta otra escuela en el debate contra los keynesianos respecto a las disminuciones en los impuestos, la re-estructuración del gasto público en contra de los programas de bienestar no relacionados directamente con el estímulo a la demanda y, en el caso específico de los Estados Unidos, una postura militar más fuerte (17).

La crítica más sólida, desde el punto de vista teórico, la hace, finalmente, Hicks. Para este importantísimo representante del más depurado pensamiento neo-clásico, la principal debilidad de Keynes radicó en haber tenido como base un patrón trabajo de determinación de precios en el cual el supuesto de rigidez en los salarios nominales es, de acuerdo con Hicks, elemento fundamental y condición de éxito en la aplicación de políticas de orientación keynesiana. De acuerdo con este patrón, los salarios monetarios vienen a determinarse más por factores sociales que económicos y el sistema monetario se encarga de ajustarse de tal manera que se asegure la estabilidad de la economía. El éxito de este modelo durante el período comprendido entre 1945 y 1971, o sea en la llamada era de Keynes, se debió más a que el crecimiento económico sostenido permitió mantener altos niveles de empleo y precios relativamente estables. Una vez que aquella condición desapareció, las presiones para mantener los salarios nominales produjo una explosión inflacionaria que sólo pudo ser detenida mediante la depresión y el desempleo (18).

De uno y otro lado, fueron entonces apareciendo las críticas al pensamiento keynesiano puesto en práctica en la postguerra, apoyadas por el aparente agotamiento de la política correspondiente, ocurrido a finales de la década de los años sesenta. Como ya se anotó en la introducción al capítulo, hechos tales como la guerra de Vietnam, el derrumbe del patrón dólar, la crisis del sistema de Bretton Woods, la crisis del petróleo, etc., vinieron a superar las posibilidades de la política económica vigente y a poner punto final a la era de Keynes. Rápidamente la ortodoxia devino obsoleta, las bases de lo que fué un largo período de auge aparecieron ahora como un obstáculo al progreso y, con el apoyo ideológico del pensamiento

neo-liberal, se instituyó lo que puede llamarse la "era monetarista". Los postulados y proposiciones de esta escuela impregnaron todo tipo de diagnóstico sobre la economía y toda formulación de política, invadiendo desde el sentido común hasta los discursos más elaborados y de la más diversa procedencia. Esto puede ilustrarse con la siguiente cita de un discurso de James Callaghan ante su Partido Laborista, cuando era Primer Ministro de Inglaterra en 1976: "Nosotros estábamos acostumbrados a creer que podíamos salir de la recesión e incrementar el empleo reduciendo impuestos y aumentando el gasto público. Déjenme decirles que... esa posibilidad ya no existe, y que cuando existió lo hizo inyectando inflación en la economía. Y cada vez que esto ocurría, el nivel promedio de desempleo aumentaba. Mayor inflación seguida de mayor desempleo: esta es la historia de los últimos veinte años" (19).

### *3.2 Anti-keynesianismo y Re-estructuración del Capital.*

El ataque a los principios de política derivados del pensamiento de Keynes no puede, entonces, ser reducido a la aplicación de un recetario técnico de saneamiento y control de la inflación de acuerdo con el diagnóstico de exceso de demanda y con la relación de éste con el déficit fiscal. Como se anotó ya anteriormente, el auge del monetarismo y demás corrientes neo-liberales constituye un verdadero movimiento ideológico. Como lo plantea claramente Kaldor, "el eje de la estrategia económica..., el control de la oferta monetaria, es realmente una fachada o una cortina de humo. La consecuencia importante de la estrategia es alterar el balance en el poder de negociación, debilitar los sindicatos a través de la intensificación del desempleo" (20).

Los debates actuales en los dos países que han llevado el liderazgo en la aplicación de los recetarios monetaristas —Inglaterra y Estados Unidos— muestran claramente la orientación e intención de estas políticas. La negativa a implementar programas de gasto público para frenar el desempleo en estos países, con el argumento de que esto mantendría los salarios por encima del nivel de equilibrio del mercado, reduciría los incentivos para buscar trabajo, impediría la movilidad de la fuerza de trabajo e incentivaría las prácticas sindicales restrictivas, es un claro ejemplo del caso expuesto. La alternativa que plantea la primer ministro inglesa atestigüa por sí sola en favor de la hipótesis que aquí se defiende: "...el camino hacia el pleno empleo descansa en la búsqueda de la des-regulación, la competencia, la mayor movilidad del trabajo y la privatización... Sólo con estas políticas puede (el gobierno) re-estructurar la industria inglesa y crear empleo" (21).

El ataque va dirigido entonces a romper el lazo que se tendió para unir lo político y lo económico y que ya fue explicado anterior-

mente. El rompimiento de este lazo se espera lograr mediante la flexibilización de aquellas relaciones cuya estabilidad era, para Keynes, base de la estabilidad del sistema económico, principalmente la de los salarios nominales y los márgenes de beneficio. Simultáneamente se considera que para abrir nuevos frentes de valorización del capital, la separación entre lo económico y lo político requiere de una re-estructuración del Estado y de un replanteamiento del margen y formas de intervención.

En pocas palabras, puede afirmarse que el verdadero objetivo que se esconde tras las políticas monetaristas es la renovación de las condiciones de rentabilidad del capital dentro de un contexto social, económico y político distinto al que enmarcó la vigencia de las ideas de Keynes.

#### 4. CONCLUSIONES

No es del caso arriesgar una opinión en favor de una u otra de las dos grandes corrientes de pensamiento económico aquí analizadas. Vale la pena destacar, sin embargo, que, curiosamente, el keynesianismo, mucho mejor equipado que las escuelas neo-clásicas para explicar teóricamente la existencia de la ganancia, consciente de que lo que mueve el capitalismo no es la producción en sí misma ni la satisfacción de las necesidades de la sociedad, sino la ganancia del capitalista, término impotente frente a una situación caracterizada por el estrangulamiento del excedente respecto al capital total invertido. En estas circunstancias, las políticas keynesianas, aplicadas aisladamente, son ineficaces: "la producción dirigida por el gobierno reversa el procedimiento usual de la acumulación de capital: en lugar de expandir la producción a expensas del consumo en un proceso en que el consumo aumenta menos que la acumulación, incrementa la producción con la ayuda del consumo" (22). Pues bien, esta reducción del consumo respecto a la acumulación, requisito esencial de la renovación de las condiciones de rentabilidad del capital, es la que se busca con las políticas recesivas y re-estructuradoras defendidas por los monetaristas.

Serías dudas pueden, empero, plantearse respecto a la validez de la creencia de los representantes de esta escuela acerca de la estabilidad intrínseca del sistema de mercado. Sustituir el papel estabilizador del déficit fiscal por el mecanismo simple de la oferta y la demanda puede conducir en el futuro cercano a una especie de "suavización" de las propuestas de reforma del Estado. Esto implicaría, de nuevo, un intento por buscar la justa medida al llamado "sector público" sin avanzar tanto como hoy se promete hacia la re-estructuración del Estado. De la misma manera que muchos antiguos luchadores por el socialismo combaten ahora por la simple búsqueda

de mayor democracia, los enemigos del Estado terminarán satisfechos con un mayor campo de acción para la iniciativa privada.

Pero, independientemente de lo que pueda resultar o no en el futuro de los intentos actuales por reestructurar el Estado y el capital, ¿qué puede en definitiva decirse, desde el punto de vista teórico, acerca del déficit fiscal? A lo largo del presente capítulo se han delineado tres posiciones bien opuestas: la que, podría decirse, corresponde a Keynes, la de los keynesianos (Síntesis Neo-clásica) y la monetarista. Para la primera posición, el déficit fiscal constituye un mecanismo por excelencia estabilizador de los beneficios y, a través de su efecto sobre éstos, estabilizador de la inversión y de la demanda agregada. Esta forma un poco artificial de sostener los beneficios hace muy vulnerable la economía a los cambios que se presenten en la estructura financiera tanto del país como de los capitalistas. Esto implica que el déficit fiscal tiene como principal efecto el remplazar los ciclos permanentes del sistema por unas fluctuaciones más separadas en el tiempo pero más profundas. En los extremos inferiores de estas fluctuaciones, las crisis, el precio que se paga por evitar la depresión es, irónicamente, el estancamiento con inflación.

Para los keynesianos, que al abandonar algunos postulados de Keynes dejaron por fuera de su modelo la ocurrencia de crisis capitalistas, el déficit es tanto la base para lograr el pleno empleo como la principal fuente de presiones inflacionarias. El problema no está en el déficit por sí mismo, sino en las rigideces que existen en los distintos mercados y precios que impiden un retorno fácil a la "normalidad".

Para los monetaristas, finalmente, el déficit sólo sirve para crear condiciones artificiales de altos niveles de empleo y condiciones reales de inflación, todas las cuales desaparecen junto con su causa inmediata.

Es claro que, aunque es posible jerarquizar estas posiciones respecto a su pertinencia, realismo y capacidad interpretativa, ninguna puede por ahora responder satisfactoriamente a los retos que impone la realidad de la crisis actual.

## NOTAS

1. Kaldor, N. **The Economic Consequences of Mrs. Thatcher.** (1983).
2. Minsky, H. **Inflation, Recession and Economic Policy.** 1982.

3. Kalecki, M. "La diferencia entre los problemas económicos cruciales...". **Investigación Económica**. No. 166. Méjico, 1983.
4. Keynes, M.: **Teoría General**. Capítulo 3. 1936. F.C.E.
5. Mattick, P. **Marx and Keynes. The Limits of the Mixed Economy**. Méjico, 1969.
6. Minsky, H. **John Maynard Keynes**. 1975.
7. Al respecto puede verse Harris (1981): **Monetary Theory**, quien hace un análisis más riguroso y detallado del que aquí se presenta.
8. El término "bienestar" no debe ser confundido, de acuerdo con el uso que aquí se le da, con el que se acompaña de la idea de óptima asignación de los recursos para una distribución dada del ingreso, campo tratado por la llamada Teoría del Bienestar, de orientación neo-clásica.
9. Citas tomadas de Sutcliffe, B. "Keynesianism and Stabilisation of Capitalist Economies". En: Green y Nore (Eds). **Economics: An Anti-Text**. 1977.
10. Kalecki, M. "Political Aspects of full employment". En **Selected Essays on the Dynamics of the Capitalist Economy**. 1971.
11. Minsky, H. **Inflation, Recession and Economic Policy**. 1982.
12. Kaldor, N. **Op. cit.**
13. Cripps, F. "What is wrong with Monetarism?". En: Jansen, K. **Monetarism, Economic Crisis and the Third World**. 1983.
14. Friedman, M. "A monetarism reflects". **The Economist**. Junio 4 de 1983.
15. Mayer, Th. **The Structure of Monetarism**. 1978.
16. Hayek, F.A. "The Austrian critique". **The Economist**. Junio 11 de 1983.
17. Mundell, R. "The origins and evolution of Monetarism", en Jansen, K. op. cit.
18. Hicks, J. "A sceptical follower". **The Economist**. Junio 18, 1983.
19. Citado en **The Economist**, Sept. 22, 1984.
20. Kaldor, N. **Op. Cit.**
21. Tomado de **The Economist**. Nov. 3, 1984.
22. Mattick, P. **Op. Cit.**